

Panóptico



UN PADRE JUDÍO EN MÉXICO*

Margo Glantz

Desde hace veinte años, nueve volúmenes de documentos del archivo personal de Jacobo Glantz son custodiados por el Archivo General de la Nación. Gran parte del material que compone este acervo de quien fuera organizador de la comunidad judía en México, servirá a los estudiosos del tema que encontrarán cartas, folletos, fotografías y recortes de prensa. En este texto, Margo Glantz muestra una semblanza del padre y de la vida de los inmigrantes judíos en el México de la primera mitad del siglo XX.

Cuando era yo muy niña mi padre usaba barba; parecía un Trotski joven. A Trotski lo mataron, y si acompañaba yo a mi padre por la calle la gente decía: "Mira, ahí van Trotski y su hija". A mí me daba miedo y no quería salir con él. Antes de morir Diego Rivera le dijo a mi papá: "Cada vez te pareces más a aquél". Mis padres coinciden en que el ruso de Rivera era imperfecto pero muy sugestivo a pesar del mal acento.

En enero de 1939 mi padre fue atacado por un grupo fascista de Camisas Doradas que se reunieron en la calle 16 de Septiembre, donde mis pa-

dres tenían una pequeña *boutique* de bolsos y guantes llamada Lisette. La barba, el tipo judío y quizá el parecido con Trotski hicieron de Jacobo Glantz el blanco perfecto para una especie de *pogrom* o linchamiento. Trataron de colocar a mi padre sobre la vía del tren para que éste le pasara encima, mientras otros arrojaban piedras y gritaban insultos tradicionales. Mi padre pudo escapar ayudado por algunos transeúntes asombrados, entrar a la *boutique* y subir al tapanco. El hermano de Siqueiros que pasaba por allí y entraba a saludar a mis padres (vendía por enton-

ces grabados de su hermano) se colocó en la puerta con los brazos extendidos y gritó: "Péguenme a mí." Mientras, mi madre que, como ella dice, no parecía judía por su pelo negro ("entonces no tenía canas"), pudo salir con una empleada rubia, también judía, y pasar a la sastrería de junto donde pidió auxilio por teléfono. La puerta de la tienda era de vidrio y los manifestantes arrojaban piedras, algunas de las cuales hirió a mi padre en la frente. Al rato llegaron los bomberos y un capitán (mi madre cree que se llamaba general Montes) que ayudaron a mi padre a salir de la tienda. Despavorido, mi padre gemía y uno de los bomberos le dijo: "No llores, judío, venimos a salvarte." Lo envolvieron en un capote negro, lo cargaron como a un niño y lo subieron al carro. Mi madre pudo cerrar la cortina de fierro con algunos amigos, entre ellos el hermano de David Alfaro, que creo entonces aún se encontraba en la cárcel por haber querido matar a Trotsky.

Mi padre llegó a nuestro departamento situado en la calle de Zaragoza al que nos acabábamos de mudar

(unos días antes mi madre recuerda haber roto un espejo). Lo vi en la cama con la frente ensangrentada y mucha gente venía a saludarlo con caras espantadas. Al no poder lincharlo, los manifestantes se lanzaron sobre San Juan de Letrán donde un tío mío vendía refrescos de frutas frescas casi al lado de 16 de Septiembre. También le arrojaron piedras e insultos y rompieron los barriles de agua fresca; luego, los iracundos encamisados se lanzaron por otras calles del Centro para lapidar los negocios de esos rumbos. La casa de mis padres se convirtió en lugar de reunión y de azoro. Al día siguiente aparecieron las fotografías de mis padres en primera plana, recuerdo sobre todo la de *La Prensa*: la figura de Jacobo sobresalía y su barba castaña y puntiaguda lo hacía muy hebreo.

A los pocos días mi padre salió para los Estados Unidos a visitar por primera vez a sus hermanos que vivían en Filadelfia (si se abre una guía telefónica en esa ciudad estadounidense, los Glantz abundan como aquí los López, casi media ciudad es prima mía). Nosotras nos quedamos solas con mi

abuela que ya estaba muy enferma y con mi madre que estaba muy asustada. A mí me han durado durante muchos años ese susto y esa imagen de mi padre barbado con la frente llena de sangre. Mi padre regresó unos meses después; la guerra estaba en su apogeo y él se había rasurado la barba.

XXXVI

Vivir con alguien es, probablemente, perder algo de la propia identidad. Vivir contagia: mi padre corrige la infancia de mi madre y ella oye con impaciencia ciertas versiones de la infancia de mi padre. Una vez fuimos al panteón a conmemorar el año de muerte de un primo mío y Lucía recordó ese intento de *pogrom* que mi padre sufrió. Ahora le pido a él que me cuente su experiencia:

—Pasó que yo trabajaba en la Beneficencia Israelita en Gante 21, esquina con Venustiano Carranza, antes Capuchinas, y mamá tenía la casa Lisette en 16 de Septiembre 29, guantes y bolsas para dama. Salí de la Beneficencia y se formaba en ese tiempo una manifestación (enero del año 39). Me

dirigía a la tienda y me encontré a un joven llamado Salas; me conocía, había estado estudiando en Alemania y hablaba muy bien alemán. Vino a mi encuentro con dos muchachos y gritó: "Mueran los judíos. Fuera de México los judíos", y yo tenía un bastón de mimbre y se lo quebré en la cabeza y se partió en tres partes. Me agarró de la mano y me quiso echar a la vía del tren, yo me agarré del poste y no me dejé tirar. No sé cómo pude zafarme y correr hacia la tienda que estaba cerrada pero sin la cortina de hierro.

Pronto vino la policía uniformada, como cincuenta o cien, no recuerdo, y el hermano de Siqueiros; sin él me hubieran matado. Él me dijo: "Antes me matan a mí que a ti, Jacobito", y abrió los brazos en cruz; era un gigante. Afuera había un camión materialista lleno de piedras y las arrojaron dentro de la tienda, el aparador se rompió y estaba lleno de cosas y todas se las llevaron. No sé como pude salvarme.

¿Dónde estaba mamá?

Había salido con la empleada. Las piedras caían, yo no sabía dónde es-

conderme, donde me escondía caían las piedras. Yo sentía que no iba a salir de allí, que allí me quedaba, que era imposible salvarse. Tanta gente afuera, tantas piedras y sangraba tanto. Afuera estaba un señor Osorio, cubano, conocido mío, que armó una tribuna y decía un discurso hitlerista, y me conocía a mí y hablaba contra mí y contra los judíos en general. Luego se les acabaron las piedras y se fueron a San Juan de Letrán, donde tu tío Mendel tenía su puesto de refrescos y llegaron con montones de hielo y empezaron a arrojarme hielo y un trozo enorme me cayó en la cabeza y ése fue el mensaje de Dios, ese hielo me salvó porque me estaba desangrando de un golpe muy fuerte en la cabeza. Fue el mensaje divino, sin ese hielo no hubiera vivido.

¿Y nosotras?

Ustedes estaban muy chicas, pensé que nunca las volvería a ver. Entonces llegó el general Montes y me dijo cubriéndome con su capote: "No llores, judío, vengo a salvarte".

XXXVII

¿Será el recuerdo un goce debilitado? Se debilita quizá por el extenso manejo al que se le somete: los recuerdos regresan siempre y nos quedamos anclados a un acontecimiento, parados como mi padre cuando contemplaba, días enteros, a Orozco o a Rivera, pintando interminables frescos en Palacio o en Bellas Artes.

¿Por qué te interesa tanto el arte, mejor dicho, la pintura y la escultura?

Porque de niño estuve siempre en ambientes artísticos, en Rusia y luego aquí, desde que llegué.

¿A Orozco lo conociste?

Lo conocí. Era un hombre muy severo, muy no sé, no era muy amable; mucho mejor era Rivera, además era un amigo. Sí, Rivera, y hablaba bien el ruso. Yo lo vi ocho días antes de su muerte y me dijo...

Eso ya me lo contaste, ¡siempre me cuentas lo mismo!

Yo estuve días enteros mirando cuando pintaba el mural del Palacio de Gobierno, Orozco pintaba el de Bellas Artes y hablaba muy poco, no era muy comunicativo, Rivera sí era comunicativo. Me usó como modelo para su Trotski. No era yo Trotski exactamente, pero yo estaba a su lado, parado, todo el tiempo, mirándolo y le inspiré su Trotski joven. Generalmente no permitían que la gente mirase cómo pintaban, a mí sí, los primeros sketches, sobre todo los bajos relieves (sic).

¿Y alguna vez le oíste la voz a Orozco?

Sí, hablaba de vez en cuando, pintaba con una mano.

¿Y Diego, con las dos?

Seguro, Rivera con las dos, pero Orozco no tenía más que una mano, era un hombre fuerte, rústico, Rivera era muy comunicativo. Orozco tenía modelos raros, una puta que recorría las calles de Tacuba, junto al Correo, la pintaba sentada con las piernas abiertas. Tenía ideas raras.

¿De que hablabas con él?

El hablaba muy poco, pero decía que la gente del pueblo le atraía.

¿Te hablaba de tú?

No, de usted, con él yo tenía mucho respeto. Tampoco a Rivera le hablaba de tú; de tú me hablaba con Fernando Leal cuando pintaba los frescos de la Preparatoria. Luego le hicieron borrar un mural porque pintaba palomas en el acto de amor y lo consideraron poco moral. Fue un escándalo y luego restauró el cuadro, pero ya sin palomas.

También eso ya me lo contaste.

Tengo de él un retrato en la casa, el retrato en fotografía, porque el original se perdió en alguno de los cambios, o a lo mejor está por allí trasapelado, me pintó de militar ruso.

¿Por qué te retratas tanto? (En mi casa hay cerca de ciento treinta cuadros de mi padre, excluyendo los miles de autorretratos que se hace.)

Porque todos querían pintarme. Yo fui atracción de los pintores, fui muy fotohigiénico (sic).

Me duele el mundo
el mundo tan solo en el mundo
(cierre en cercos de horas contadas)

El hombre de barro
de hierro
de cal
y cemento esculpido.

Anhelos frustrados
quemadas visiones
en hielo de ríos diurnos
filtrados en noches sin alma.

Luciérnagas negras
advienen torrentes de lumbres
(artificio del genio
en vuelo sin alas)

Entre luces sin ondas
se funden mis ojos
con el sol moribundo.

++

Me duele el mundo
el mundo tan solo en el mundo.

Jacobo Glantz

México, D. F., 26 de junio de 1964.

¿Y qué decía mamá cuando sólo te dedicabas a mirar cómo pintaban los pintores?

¿Qué tenía que decir?, yo siempre anduve en el ambiente artístico. Conocía a Ignacio Rosas. Yo tenía mi despacho en el mismo local que él, en Motolinía (creo que en el número 8) y 5 de Mayo, donde está ahora el Banco de México, una casa vieja. Yo trabajaba en la Beneficencia Israelita desde principios de la década de los 30.

¿Ya no eras dentista?

A veces, también teníamos zapatería en Tacuba, y luego, un *boutique*, la Lisette. Yo fui secretario de la Beneficencia Israelita hasta el año 39 en que fui atacado por los Camisas Doradas y luego me fui a los Estados Unidos por tres meses y dejé de trabajar allí. Rosas era un buen retratista. Me hizo varios retratos.

Mi padre sonríe, sentado a una mesa, junto a una docena de jacobitos que se miran entre sí, como Narcisos. Regreso, como de costumbre, el próximo sábado. Papá mira complacido y absorbo uno de sus retratos:

—Qué interesante —dice—, se ve que es poeta.

XXXVIII

—Anoche soñé que escribía un poema, mejor, doce poemas. Eran muy hermosos, pero cuando desperté no pude recordarlos. Cuando llegué a México, antes de pensar en ganarme el pan ya pensaba en encontrar poesía. Por eso estuve buscando intelectuales. Cuando llegué no me servían ni el hebreo ni el ruso. Recordé a Luis de Carvajal, el *Mozo*. Escribía en español, porque aquí no había palabra hebrea poética.

Entonces tuvo que escribir en yidish, aunque tampoco era una palabra muy difundida. (Por lo menos lo estaba en Nueva York donde habitaban grandes poetas judíos, entre ellos Leivik, grandes novelistas, por ejemplo Opatoshu, y también, aun, la gran literatura yidish de Europa Oriental.) Aquí vivían dos poetas, ya fallecidos, Isaac Berliner y Saúl Glikowski; estaban en contacto con don Pablo González Casanova, a quien mi padre admiró mucho. El ruso

era su lengua de poeta, pero siguiendo un precepto judío que dice que cuando no hay que comer la bendición es de balde, decidió orar en el idioma que tenía más a la mano, o a la lengua.

—Empecé a escribir en yidish, porque *veléis breira*, es decir, no tenía otra alternativa. Si no tenía nada que bendecir, porque no había ni pan para comer, comencé a comer en yadish.

La primera revista se llamó *La Semana (Die Voj)* y salieron dos números, es decir, dos semanas. Esta revista que mi padre editó por su cuenta, fue impresa en la calle de Soledad 10, con el señor Biderman, que había llegado de Israel huyendo con la mujer de otro: "La imprenta se llamaba La Energía y toda la energía la concentraron en un hijo que murió a los tres años".

La imprenta consiguió algunas letras hebreas. Para esa época ya había cerca de cinco mil judíos en México.

¿Ya se necesitaban imprentas? ¿Había también sinagogas?

Lo primero que hacen los judíos al llegar a un lugar es fundar una sinago-

ga y un panteón. El primer judío enterrado fue un judío sefaradí, "porque ningún judío askenazi quería que lo enterraran". El nuevo panteón israelita está cerca del cerro de la Estrella, el de ahora está frente al Hospital Inglés. Yo sugiero que para variar se debía fundar en el cerro del Judío, por lo menos habría alguna identidad de terminología con esa tierra.

La verdadera primera revista la publicó mi padre con Saúl Glikowski, muerto hace poco, y con el señor Yosef Zajarias, quien había sido obrero textil en Bialostok y amaba la literatura judía, especialmente la de Peretz, uno de los tres clásicos de la literatura yidish (los otros son Sholem Aleijem y Mendele Meijesborim). Zajarias conocía bien la literatura, porque los obreros iban a la universidad hebrea y leía a los escritores que entonces eran muy famosos en Polonia.

La comunidad judía en México ha sido siempre pequeña, sin embargo, ha habido una gran actividad cultural con dos diarios: *Der Weg (El Camino)* y *Die Stime (La Voz)*, el primero fundado

por Moische Rosenberg, que murió joven, y luego lo dirigieron Sonia, su esposa, y Jaime Ladeski, jefe de redacción; el segundo fue fundado y mantenido muchos años por su director, Moische Rubinstein, gran amigo de mis padres, que acaba de morir de cáncer. Ha habido también semanarios en español: *La Tribuna Israelita* y *la Prensa Israelita*.

—Yo fui el primero en colaborar en *Der Weg*, mantuve mi columna durante cincuenta años, hasta hace muy poco, hace algunos meses, la he dejado. Fui el primer crítico teatral en México, hacía crítica porque la situación era crítica (sin comentarios). Hacía parodias sobre lo que no me gustaba y tenían mucho éxito.

Alguna vez mi padre escribió poemas en ucraniano, porque el ruso lo aprendió más tarde "en la calle" y también en la escuela con el profesor judío que no hablaba más que ruso.

Nucia publicó su primer poema mexicano en yidish, en el año 1927; antes escribió uno que se lo enseñó, en la ciudad de Ekáterinoslav (llamada luego por los bolcheviques Dniiperpetrovski a la

orilla del Dnieper), al poeta Peretz Markish y al poeta Schmuel Jalkin.

—Poeta muy quieto, lírico, y yo le leí mi primer poema en yidish. Se llamaba "El roble". Markish me dijo: "Sigue comiendo y en cuanto comas escupirás", y Jalkin me corrigió algunas líneas.

Hace muy poco todavía existía una imprenta en México que imprimía libros en hebreo. Había un linotipista que sabía parar las letras aunque no entendía nada de lo que decían; el último libro que se imprimió allí fue una antología de poemas de mi padre, publicada en 1979. Mientras mi padre escribía poemas, mi madre los oía. Suena raro, pero quiere decir que todos los poemas se los leía en voz alta y ella criticaba duramente, él aceptaba las críticas con "lágrimas en los ojos".

XX

—No sabíamos nada de español y el señor King me dio artículos dentales para vender, porque él tenía una compañía que fabricaba ese tipo de cosas.

¡Qué casualidad! Luego yo fui dentista, pero entonces la gente aún no estaba acostumbrada a lavarse los dientes. Estábamos muy preocupados, sin saber que hacer. Y entonces llegó el señor Perkis, era muy original y listo y se dio cuenta de la situación y nos llevó a una panadería europea, la del señor Burakoff (así se escribió siempre el nombre), el primer panadero que horneaba pan de tipo europeo. Teníamos un baúl de viaje, de mimbre, y empecé a vender pan. ¿Dónde está la fotografía?

(Mamá:) —No sé, hay que buscarla. Como tu papá ofrecía al pan, y no sabía español, lo compraban, seguro de lástima.

—Pues yo ganaba muy bien: 9 centavos en cada pan, y el tío Guiadle me los daba a 17 centavos. Los bolillos costaban entonces a 2 por 5. Yo no vendía bolillos, vendía trenzas y pan de centeno.

Así es que vendías trenzas, ¿"jales"?

—Sí, cada quien se las jala como puede. Tu tío tenía su panadería en la calle de Loreto número 8.

Un día cayó un terrible aguacero —interviene mamá—, ya sabes, el tiempo de lluvias en México, y regresó tu papá todo empapado, hasta la rodilla, tuvo que quitarse los pantalones para que se secan porque no tenía otros. El pan se echó a perder.

—Yo era muy joven, tenía como veintitrés años. Todos se burlaban de mi baúl y por eso lo cambié por las canastas redondas, mexicanas, típicas, que se llevaban sobre la cabeza.

—Sí —completa riendo mi mamá—, porque el baúl lo llevaba el pobre muchacho con una reata, en la frente, y la canasta ya podía ponérsela sobre la cabeza. Gracias a eso tuvimos pan y comida y otras cosas menudas.

—Fue una *soirte* ese señor Perkis, si no, no hubiese ganado ni un peso diario. De repente venía a vernos, nos traía algo y se quedaba un ratito, le daba gusto estar con nosotros.

—Vivíamos en Soledad 38 ærepite mamáæ, tuvimos como veinte cuartos, veinte domicilios.

Con el tiempo, las cosas cambiaron y mi papá se hizo pronto de una clientela.

Por la calle de Loreto circulaban unos camioncitos tirados por mulas o por burros y en uno de ellos iba el cobrador ruso, el hermano de la amiga de mi mamá, ese que estaba muy bien en México y luego regresó a la Unión Soviética, donde desapareció. La ciudad de México llegaba hasta la calle de Coahuila 178 (en 1926), allí había una sola casa, la de un médico que vivía con su madre vieja, y le compraba a mi papá su pan, sus trenzas. La ciudad la recorría a caballo, y cuando empezó a vender mejor consiguió un ayudante, Serafín, indio oaxaqueño.

—Primero no fue Serafín, era otro. A él le pagaba 1.50 diarios, entonces era mucho dinero. Vendía el pan en abonos. Dejaba el pan para que me paguen después. Un día fui a cobrar un dinero que me debían en la calle Álvaro Obregón, esquina con Jalapa, una casa antigua, adentro un jardín y allí vivía un hojalatero, y yo me metí, no sabía que aquí no era costumbre meterse a las casas ajenas y el hombre, muy alto y fuerte, me dio de cachetadas. Di tres vueltas y me levanté bañado en sangre y llorando. Fui como tonto a la

policía y traje a dos policías y lo que él habló con ellos no entendí nada. No me pagó nunca, sólo con las cachetadas.

Así cumplió mi padre con los preceptos bíblicos y ganó el pan con el sudor de su frente.

—A veces me quedaba leyendo poesía en un banco. Serafín me ayudaba mucho, ya conocía a mis clientes. Leía en español, era muy diferente al de la poesía rusa. Venía entonces a verme un poeta uruguayo, Raúl González Tuñón, con su libro *El violín del diablo*. Leía también a Díaz Mirón, *Lascas*. Era muy recio y agresivo. También a González Martínez, quien me gustaba mucho. Luego conocí a un poeta personalmente, *Solón de Mel*, seudónimo de Gonzalo Lizuriaga, uno de los jefes de Gobernación. Su poesía era muy mala.

Mi padre no entendía de política.

—Llegué aquí cuando tenía veintidós años, ahora tengo setenta y nueve.

Toda una vida

—Más que una vida, somos muy

viejos ya, setenta y nueve años. Llegamos casi niños.

XXXI

En septiembre de 1925, en vísperas del *yom kipur*, la fiesta de ayuno, mis padres toman té, en lugar de asistir al servicio del *kol nidre*, canto a los muertos, cuando se pasan los pecados en la sinagoga. Al día siguiente mis padres van por primera vez a Xochimilco. Aquí se intercalan también mis recuerdos: esos domingos eternos y festivos cuando toda la familia se sube en los pequeños tranvías o mi padre detiene a gritos a un viejo taxi destaralado, preguntando a cuánto la deja y el chofer acepta, después de un buen rato de discusiones, el tostón clásico. Luego, las canoas con las flores, los mariachis, la cerveza, la región mas transparente, los huevos duros, las *kokleten* (hamburguesas de pollo).

Mis padres se suben a un fotingo de cuatro puertas, sin vidrio en las ventanas, con micas que se encajan a presión cuando cae la lluvia. Hay poca gente, es entre semana, unas cuantas

canoas, muchas flores, los retratos reglamentarios, lo primitivo.

De regreso iban muy entusiasmados, y el chofer también, y de tanto contento chocó contra un árbol y se volteó el coche y quedó atorado sobre una zanja llena de agua sucia, estancada, con garrapatas y escarabajos. Mamá quedó debajo del asiento, sobre la puerta, y sólo le salía la cabeza. Iban con una pareja, como diez años mayor que ellos, "me parecían muy grandes", se llamaban los señores Langzam (despacio), que después fueron a Australia. El chofer desapareció y los campesinos (entonces todo era Cuautitlán) llegaron y levantaron el coche.

—Cuando me sacaron, dije en ruso: "No es nada", y todos me miraron como se mira a un valiente. Todavía llevaba yo el uniforme color verde musgo del *gimnasio* ruso. Me pusieron un impermeable y nos fuimos a la casa. Vivíamos con una pareja de judíos rusos, él era dentista (por variar) y además, eran religiosos.

Viajar en sábado o durante las fiestas religiosas es un pecado. Los pecados se



Fondo Jacobo Glantz, AGN, México.

lavan viajando luego para recaudar fondos para los judíos desplazados durante la guerra: 1947 o 1948. Se sube uno a un trimotor que atraviesa el Titi-caca, ha salido de Guayaquil y para en Atalaya, zona petrolera del Perú, donde se carga gasolina y el calor es insopor-table. El avión despegar, alza el vuelo y vuelve a caer sobre el lodo:

—Nos sacaron por la puerta de emergencia del piloto. Al salir, una se-ñora india, con pelo largo, amarrado en cola de caballo, lloraba amarga-

mente manoteando sobre su rosario. Le pregunté por qué lloraba y me en-contré que porque tenía miedo de los aviones. "Entonces, ¿por qué vuela?". "Porque me encanta".

Otro viaje a ras del suelo en el pri-mer avión transcontinental *double decker* de la Braniff, los pasajeros arri-ba y en la panza el bar, se atraviesa el Brasil, de Belem a Pernambuco, sobre la selva, el Matto Grosso, "las copas de los árboles que se unen, abajo el lodo, y se veían canoítas y gente rara en las

canoas, y allí recibimos un aviso de que buscáramos un avión perdido y buscamos como tres horas y no encontramos nada. Sólo encontramos animales raros y gente que vive en la selva virgen". Ciudades grandes y ciudades perdidas en el mapa. En el estado paullista, un pueblecillo habitado solamente por leprosos.

—Allí vivía un paisano casado con una leprosa y él me llevó a su casa a comer, pero yo no sabía, y los judíos de los alrededores no me dijeron nada. Yo hacía chistes y decía que por mí doblan las campanas. Salió una señora alta con largos guantes blancos y con

manchas en la cara y el señor era oriundo de Besarabia, a orillas del Dniéster; casi todo el pueblo era de él, ella era muy rica también y él era alcalde del pueblo. Me dio mucho dinero, porque entré y comí con ellos. Después cuando supe que eran leprosos me dio mucho miedo de que me diera lepra. En Río encontré a un dermatólogo, el doctor Bronstein, quien me aseguró que la lepra sólo se transmite por contacto sexual o cuando se tenían heridas en la piel y que la incubación era de siete años. Durante todo ese tiempo me persiguió el miedo.

* Del libro *Genealogías*, México, Alfaguara, 1996. Selección de la autora. Margo Glantz es doctora emérita de la UNAM.